

á los dioses sus néctares y se untaba todo el hermoso cuerpo con olorosísimos aceites. Las trenzas de sus cabellos agrupábanse á una sobre su cabeza en guisa de oriental diadema. Túnica semejante á las puestas en sus hieráticos cuerpos sacros por las emperatrices asiáticas la vestía. Un manto de púrpura prendido con broches áureos bajaba de sus espaldas, un cinturón de franjas riquísimas adornaba y ceñía su cintura, zarcillos de tres piedras simbólicas centelleaban en sus orejas, un velo de plata tornasolado de rosa envolvía su hierática frente y unos borceguíes azules como los usados por Diana calzaban sus piés, parecidos á las aras y á los pedestales de un ídolo. Con todas estas preseas, tan semejantes á las usadas por Juno, imposible aguardar de ella las labores de su tierno sexo. Cuando salía de su cubículo seguramente se asemejaba por su parte, ó bien á un monarca en la plenitud completa de su propia soberanía, ó bien á un general que requiriese sus armas y convocase sus ejércitos.

El palacio de Nabucodonosor y no la gruta de Calipso cuadraba enteramente á su figura y á su persona. La poesía suya era el himno guerrero y no la odá erótica. Si á los campos iba, no gustaba del idilio anacreóntico lanzado como notas de ruiseñor sobre las plantas y las flores helénicas; gustaba del

furor báquico, que disponía tanto para los goces como para los combates.

Inútil hablarle de la paloma que arrulla y aletea melodiosamente; de la cigarra canora, escondida, sin carne ni sangre, como una divinidad, en los olivares sombríos; de la dulce abeja que chupa las flores y elabora las mieles; de las cabras, condenadas á comer el oloroso tomillo por alguna suave amarilis tallada en las antiguas églogas; de las flores, que ofrecen guirnaldas con sus ramos, y de las olas, que depositan caracoles y nácares en las riberas; Olimpias sólo gusta de las fiestas báquicas, arregladas y dispuestas como una gran procesión oriental, donde, al són de los címbalos y de las flautas, se oyen eróticas odas mezcladas con ecos de ósculos amorosos y carcajadas de borracheras delirantes. Los antiguos nos han dejado animadas descripciones de tales fiestas, semirreligiosas y semieróticas. Silenos vestidos de púrpura clara y oscura, componiendo matices del rojo, precedían la procesión inacabable. Sátiros numerosísimos seguían á los silenos, llevando en sus puños antorchas litúrgicas ornadas con guirnaldas de hiedra. Tras los sátiros iban coros de muchachas ornadas con los trajes de aladas victorias, quemando perfumes en riquísimos pebeteros. Sus túnicas llevaban bordados animales simbólicos, y sus gargantas pro-



ferían gritos de placer exaltado y embriagador. Veíase luego un altar de oro, en torno del cual se agrupaban ciento veinte niños moviendo incensarios de plata y tocando agudas trompetas de metales diversos. Hermosísimas matronas, parecidas á divinidades que hubieran bajado de sus aras, presentaban en ofrendas, ora trípodes semejantes á los del respetadísimo Delfos, ora palmas venidas del desierto. Baco seguía luego con su copa en la mano y puesto sobre un triunfal carro, de que tiraban verdaderas falanges. En torno suyo, tal poeta decía hexámetros; tal músico entonaba cánticos; el frigio coronado de serpientes bailaba; el quiromanta, vestido con traje oriental, formulaba misteriosos oráculos; las bacantes danzaban, ceñidas de hiedra y pámpanos, ebrias de vino y gozo, llevando en su mano el tirso rematado por la piña y compuesto de serpientes entrelazadas. Las vasijas de oro, los símbolos de liturgia oriental, las legiones de cautivos, los simulacros y efigies que figuraban, desde los asnos del sileno ebrio, hasta los elefantes en cuyos lomos saliera Baco de la India; las carretas cargadas con cómicos, representando al paso religiosos misterios; los flautistas frigios, las cantoras lidias, los magos adscritos á la composición de jugos para filtros; las bacantes medio desnudas, con sus pieles de tigre á la espalda; los instrumentos concertados

para producir deliciosas armonías; las ceremonias aparejadas con tradiciones que se habían bañado en las aguas litúrgicas del Ganges, del Éufrates, del Nilo; todo esto invitaba, con sus revelaciones y con sus prestigios, al culto de una síntesis más ó menos fantaseada, más ó menos poética, más ó menos religiosa, pero en cuyos términos iba escondida una transfusión del Occidente al Oriente, todo en una fuerza, movida, no sólo por las cortantes armas, sino también por las puras y reveladoras ideas. Todo cuanto hemos visto en la naturaleza y en la educación de Olimpias, todo parece apercibido y preparado á producir y generar el alma inmensa de Alejandro: las montañas del Epiro, que le han servido de cuna; el mar Egeo, que le ha servido de claro espejo; los combates, en que ha su voluntad acerado; las intrigas de tantos pretendientes como han urdido tramas contra sus hermanos y contra su esposo, tramas cuya urdimbre ha conocido mucho, destejiéndolas y deshilándolas; su antigua ufanía de una regia prosapia, en la cual se hallaba nada menos que un héroe como Aquiles; su profesión de las ideas órficas, crepúsculo vespertino del dogma oriental y crepúsculo matutino del pensamiento griego; su presencia continua en los misterios de Samotracia; su fuerte complexión, tan robusta como los encinares de Dodona, que despiden



belicosos bramidos; sus delirios báquicos, los cuales, no sólo remontan sus nervios hasta una sobreexcitación rayana en delirio, sino que iluminan su entendimiento hasta sumirlo en síntesis, de las cuales, así como saldrá la generación material de un hombre como Alejandro, saldrá también la generación intelectual de un dogma como el helenismo. Quizás para preparar una síntesis tan extraordinaria como la síntesis alejandrina se necesitó de unas entrañas tan ciclópeas como las entrañas de Olimpias, parecida de suyo á una de aquellas divinidades asiáticas, las cuales acababan por trocarse, desde sus tranquilos templos y sus serenos altares, en conquistadoras del mundo, como Semíramis. Lo cierto es que toda la epopeya con el nombre de alejandrina conservada en la posteridad saca una gigante sinfonía del colosal preámbulo con que la dota esta extraña biografía de Olimpias. Por ella vemos, no solamente los gérmenes de ambición que Alejandro recibe al recibir el sér y la vida, sino también los gérmenes de filosofía. Ella forma el corazón de su hijo para las cosas imposibles y el entendimiento para las concepciones vastísimas. Ella le comunica ese idealismo semifilosófico y semirreligioso, de cuyas vaguedades descendiera después al mundo, como levadura de vida, el sincretismo espiritual. Así Alejandro se parece unas veces en lo sublime al

inspirado Apolo que tañe su áurea cítara con sus dedos de artista y maneja el plectro y alza el cántico lleno de ideas órficas, y otras veces, en lo sensual, se parece también al Baco tendido sobre su lecho de pámpanos y coronado con sus guirnaldas de hiedra, sobre cuyo cuerpo hermosísimo vierten los silenos sus copas de mosto y tienden las bacantes sus voluptuosas miradas de sensual amor y divina embriaguez. Apolo, Baco y Orfeo: he aquí la trilogía de Olimpias.

La educación dada por tan extraordinaria madre á su extraordinario hijo bordábase toda ella sobre un alma de temple guerrero que había crecido viendo en Filipo, su generador también, guerras, batallas y conquistas. El heredero de la corona macedonia tenía tal idea de quien la forjara para sus inspiradas sienes, que á la continua recordaba en las conversaciones familiares y públicas con sus conciudadanos cómo éstos vivían cual tribus primitivas dentro de cavernas y erraban por bosques á guisa de salvajes, y cubríanse á lo sumo de pieles arrancadas á las alimañas feroces, y guardaban ganados nómadas, y tenían que habérselas con todos los bárbaros circunvecinos, hasta que su padre les dió la clámide ostentosa del soldado griego y los trocó en dominadores de las regiones y de las gentes á quienes siempre habían odiado y temi-



do. Poned sobre un alma fantaseadora la educación ideada por Olimpias, el ejemplo de Filipo sobre un corazón animoso, las batallas y las guerras por ejercicio perenne, y comprenderéis cómo Alejandro debía soñar, por lo que tenía de su madre, la conquista del mundo, y por lo que tenía de su padre debía cumplirla y realizarla. El temperamento militar de Macedonia compadecíase mucho con su organización puramente guerrera, y esta organización guerrera pedía un poder monárquico. Este poder monárquico le dió Filipo tan afortunado y feliz de suyo cual todos aquellos que aciertan con la forma propia del pueblo donde imperan. El único elemento capaz de contrastar estas fuerzas recibidas por Alejandro de su cuna y de su infancia fuera la custodia de un alma delicada, la custodia de una madre amorosa y tierna. Pero la varonil Olimpias, hija del rey Neoptolemo, que había combatido toda su vida con ardor, y sobrina de Arybbas, otro déspota implacable, y hermana de Alejandro, alzado también al trono por medio de combates, iba ya completamente habituada de antiguo á los conflictos cuando se casó con el rey Filipo, á quien conociera y tratara en los misterios de Samotracia, en el culto de Orfeo y Baco, entre orgías nocturnas, las cuales mezclaban las serpientes venenosas con las mujeres ebrias, y sugerían los ner-

vios una extraordinaria sobreexcitación generadora de sueños fantásticos, de visiones magnéticas, de presentimientos confusos, de profecías y aspiraciones increíbles. Aunque pocos matrimonios podían satisfacerla y honrarla tanto como el matrimonio con Filipo, cuéntase que mil pronósticos la retraían de celebrarlo, y mil imaginaciones la desgarraban á una con toda suerte de tormentos. Así la noche que precedió á sus bodas, lejos de recogerse dentro de sí para consagrarse á meditar en los medios indispensables al cumplimiento de un deber tan sagrado como granjear la ventura de su marido, excitada en los sueños por pesadillas y en los desvelos por fantasías, creyó ver nube tempestuosa y oscura que la envolvía con culebréos de relámpagos, con chasquidos de rayos, con trombas de fuego, y sintió las llamas de un cósmico incendio penetrando en sus venas y abrasándola entre horrorosos dolores. La ilusión llegó tan lejos que comenzó á proferir gritos discordes y á emprender desordenadas carreras con ímpetu, el cual llegó á sobrecogerla con agobiador cansancio, y tras el cansancio á darle un fuerte desmayo. Temperamento así, tan desordenado de suyo y tan sujeto á estos accidentes que parecen verdadera locura, debía engendrar, ó bien un héroe, ó bien un vidente, ó bien un genio sin igual, ó bien una sin-



igual demencia. Si así procedía Olimpias en los años de su virginidad, imagináosla ya casada y en cinta. La exaltación propia de su carácter acrecentaríase, á no dudarlo, con la enfermedad continua de un doloroso embarazo. Lo cierto es que, así como la tragedia clásica nos ha presentado tipos cual aquel de Orestes, en una continua exaltación, perseguido por las Euménides, que le sugerían espantosos remordimientos, la historia clásica nos presenta el tipo de Olimpias asaltado por desarreglos nerviosos como una pitonisa delirante sobre su trípode sacra y poseída de un furor misterioso como si algo sobrenatural debiesen parir sus entrañas, sacudidas desde la concepción de Alejandro por estremecimientos horribles.

Después, en consonancia completa con las propensiones mostradas durante su embarazo, rodeó de fábulas místicas la cuna y nacimiento de su hijo. Aunque allá en privado se burlaba de las pretensiones, muchas veces aducidas por Alejandro, de tener una celestial prosapia entroncada con todos los dioses, y de haberlo generado Júpiter mismo en forma de serpiente, dejaba decirlo en público y aun divulgarlo entre los pueblos. En verdad que las fábulas, tomando direcciones diversas, unas veces daban por esposo verdadero de Olimpias al Júpiter olímpico, y otras veces al Júpiter Ammón.

Dícese más; dícese que, al interrogar Filipo los oráculos religiosos acerca del origen y del nacimiento de su Alejandro, indicáronle todos que venerase á Júpiter Ammón. La malicia de algunos cortesanos, muy devotos de las murmuraciones, atribuyó la paternidad natural del héroe, no á ningún Júpiter Ammón del Egipto, sino á un egipcio de carne y hueso conocido con el nombre de Neoptolemo y destronado en las competencias guerreras propias de tales tiempos. Unos atribuyeron la fortuna del proscrito á sus ventajas y prendas evidentes, mientras otros á sus magias egipcias. Dicen varios que la prestancia y el entendimiento de aquel africano cautivaron á la reina de Macedonia. Pero no falta quien crea tal triunfo debido á filtros hechos con hierbas regadas por las aguas del misterioso Nilo. Mas la historia no puede convenir en esta paternidad calumniosa, conociendo la fecha fija del arribo de Neoptolemo á Macedonia, fecha en que tenía seis años ya el supuesto hijo, el vencedor Alejandro. Las imaginaciones concebidas por Olimpias en su boda se repitieron del modo mismo, siquier con caracteres diversos en su embarazo, y las imaginaciones de su embarazo en su alumbramiento. Filipo vió ceñido el cuerpo de su Olimpias con misterioso anillo, en el cual resplandecía muy artísticamente grabado enorme león. Todos los reyes de



aquel tiempo tenían en su corte adivinos que les descifrarán los sueños, quiromantes que les leyerán las manos, astrólogos que les revelarán los dichos de las estrellas. Y llamado á presencia de Filipo Aristrando, el cual conocía de los augurios predecesores á los holocaustos, tradujo el sueño como signo de valor y virtud en el infante próximo á nacer. Mas no pararon aquí los presagios. Una de las doce ciudades jónicas sitas en las costas del Asia Menor se llamaba Éfeso y resplandecía por el excelso templo consagrado á la diosa Diana. Faro luminosísimo, santuario sacro, sitio de tradiciones y de recuerdos, museo de verdaderos exvotos, sobre sus altares, las divinidades helénicas habíanse á una transformado, y dejando el carácter oriental, como deja la serpiente su piel y como deja la flor su capullo, habían recibido la perfecta y acabada forma propia del mundo griego. Por esta razón, aquel templo de Asia parecía un anillo destinado á enlazar los dos continentes, y gozaba tanto de prestigiosa influencia como de merecido renombre. Por consiguiente, un respeto universal circuía tan célebre santuario y una continua peregrinación lo llenaba de fieles. Pues bien, aquel templo ardió cierta noche, incendiado por un oscuro criminal que se llamaba Eróstrato, y que había querido granjearse fama inextinguible con atentado tan enorme. El nombre de quien

semejante hazaña cometiera significa desde aquel entonces en todos los siglos la demencia de cuantos aspiran por todos los medios y á toda costa con actos de cualquier clase, más ó menos extraños, á universal renombre. Pues bien, el incendio de Éfeso coincidió con el nacimiento de Alejandro. La misma noche misteriosa en que paría Olimpias al conquistador de Asia, incendiaba Eróstrato el gran templo asiático. Esta demencia por el renombre y la fama debía mover también al predestinado para tan grandes cosas, cual había movido al predestinado para tan mísero crimen. Ardió el templo donde se habían transformado las ideas orientales en helénicas á la misma hora de nacer el que debía transformar las ideas helénicas en orientales. La fama infame del criminal Eróstrato y la fama justa del renombradísimo Alejandro dicen cómo la reputación y la fortuna se parecen de suyo en las distribuciones de sus contradictorios presentes, faustos unos y otros infaustísimos. ¡Cuántos renombres aspirarían al silencio y al olvido en la sucesión de los siglos! ✕

La educación dada por Olimpias á su hijo corresponde con lo excelso de sus orígenes y con lo más excelso todavía de su fin histórico. Lo primero de que curó, atenta lo mismo á cuerpo y espíritu, fué de buscar una conveniente nodriza, en genio



bondadosa, en salud robusta, en ánimo entera y resuelta, para que sostuviese con la primera nutrición el temperamento fuerte de aquella criatura y lo dispusiese á sobrellevar la doble pesadumbre del combate y del gobierno continuos. A más de la nodriza procuró ponerle dos ayos tan expertos como su propio pariente Leonidas y el acarnasiense Lisímaco. Estas tres personas, dirigidas por Olimpias, á quien su ambición desapoderada y su amor materno impelieron en busca de influjo mayor al tenido por otras mujeres sobre su prole, formaron poco á poco el cuerpo y el espíritu de aquel que debía someter á su voluntad el mundo. Lo heroico de su natural despuntó en los albores de su vida y en los amaneceres de su alma. Desde sus primeros pasos prefirió á los externos afeites del vicioso lujo las íntimas é interiores virtudes del corazón. Un verdadero interés por todo cuanto le circuía, ya inanimado, ya animado, venía de suyo á mostrar las aptitudes varias de su compleja, más que compleja, de su complicada complexión. Grande agilidad tuvo desde su niñez, y para sumar, así en lo moral como en lo físico, cualidades contradictorias, tuvo también grande resistencia. En el hipódromo desafiaba, como caballero, á los mejores jinetes; y en el gimnasio, como diestro y forzado, á los mejores atletas. Su paciencia en los dis-

gustos y adversidades, frecuentes en la vida, sólo podía compararse con el ímpetu y el placer en los goces. Inclínaba siempre la cabeza del costado izquierdo desde sus primeros años, como al peso de un gran pensamiento. Y esta inclinación, indeliberada é inconsciente de suyo, prestábale severa majestad. En prematura vocación á la gloria, gustaba de las merecidas alabanzas con voluptuosidad. Sabía de antiguo él mismo quién era y á cuánta excelcitud se hallaba destinado, pues viéndole sus amigos y compañeros de mocedad tan propenso á la disputa de premios y lauros en el estadio privadísimo de su palacio, le conjuraron para que fuese á competir en los juegos públicos de Olimpia, y contestó que lo hiciera de tener por competidores y contrarios reyes coronados. Un día súpose nuevo triunfo de su padre, sumado á los muchos obtenidos en su larga carrera militar, y como todo el mundo se holgase con aquella merecida fortuna, y sólo él permaneciese triste, explicó la causa de tan extraña tristeza diciendo cómo su padre no le dejaba cosa ninguna por intentar y hacer. Algún presentimiento muy tenaz le debió anunciar lo corto de su vida, pues huía porfiado al sueño, tomándolo por muy semejante á la muerte. Así acostumbró desde su niñez á dormir muy poco, y aun este poco lo solía interrumpir con máquinas é industrias que,



armando estruendo, le tuvieran por fuerza en continuada vigilia. Siempre hubo algo de poético y algo de sacerdotal en su vida y sér, desde la edad más tierna. La continua lectura de Homero y la incesante honra de los dioses embargaban con porfiadísimo embargo su alma. Gustaba tanto de quemar incienso en la pira, sobre las aras alumbrada, que le riñó su ayo Leonidas, enemigo de las profusiones, diciéndole cómo sólo podría quemar sustancia tan rica cuando conquistara los lugares donde se produzca. Conservó la reconvención aquella el niño con celo, y ya hombre, monarca, conquistador, envió al maestro una caja del perfume litúrgico, recogido por su propia mano, encargándole de pasada, en lección severísima, no escasease tanto otra vez las ofrendas á los dioses, pues veía por experiencia con qué dobladas creces remuneraban éstos las debidas ofrendas. Olimpias cuidó también de que sus compañeros le ilustrasen el ánimo en las conversaciones y le fortaleciesen el cuerpo en los ejercicios. Así dióse con aquel niño un raro ejemplo de virtud práctica. Tal sobriedad reinó en su mesa, y tal castidad en sus costumbres, que necesitóse toda la tentación de aquellas voluptuosísimas ciudades asiáticas para descaminarlo de su austeridad primitiva y corromperlo en los sensuales goces. Niño guardó tanta pureza, y la continuó,

joven, al despertarse las pasiones con tal perseverancia, que su madre se reía muchas veces de aquel cenobita criado en los palacios y le preguntaba sin pudor si era ó no propenso á las naturales inclinaciones de su sexo. Así criaron al conquistador Alejandro.

Toda la educación de su madre sirvió para exaltarle, exaltada como era de su propio natural semejante reina. Y toda la educación de su padre sirvió para darle también aquel temperamento guerrero tan poco acorde con su temperamento de soñador y de poeta, pero concertándose ambos en él por un milagro de la naturaleza. Lo más extraño en Alejandro fué reunir al temperamento guerrero y al temperamento fantaseador un tal sentido profundo, verdaderamente profundo, de la vida práctica, que le hacía un consumado estadista. Tal cualidad no pudo aportarla otro á su educación y á su temperamento que Aristóteles, filósofo relativamente positivo en el antiguo mundo. Cuando leéis un diálogo de Platón creeríais leer profecías, por lo sublime, de Isaías, y hexámetros, por lo perfecto, de Sófocles. Yo no puedo recordar obras metafísicas tan excelsas como el *Banquete* ó el *Euforión*, sin oír aquella sinfonía de ideas armoniosas que las precede y las abre. Junto á los profundísimos conceptos de la inmortalidad y del entusiasmo en-